

EDITORIAL

Globalización y “fin” de la geografía

Globalisation and the “end” of geography

En nuestros días no es extraño escuchar afirmaciones que sustentan que la geografía está llegando a su fin, que el mundo nunca fue tan conocido como lo es ahora, que la distancia ya no es un factor esencial –sobre todo para la movilidad del capital– y que, en consecuencia, lo que importa es el tiempo y no el espacio. Esta manera de “ver” lo espacial –y con ello a la geografía en tanto que ciencia del territorio– se asocia con la idea de que el mundo puede palpitar en cualquier lugar, sin importar donde éste se localice. ¿Por qué lo que ocurre en el mundo de nuestros días podría estar aupando la falsa idea de que la geografía estaría llegando a su fin?

Parecen existir suficientes razones para pensar que el mundo que conocemos y que heredamos del Iluminismo está siendo estremecido por fuertes vientos de cambio que no se circunscriben a un lugar o ámbito en particular sino que, por el contrario, se hacen sentir en todas las esferas de acción del hombre. Si nos detuviéramos a observar la historia de la humanidad, podríamos constatar que no es la primera vez que el mundo vive tiempos turbulentos y que ahora, como en otras ocasiones, los saltos tecnológicos están en la base de los cambios.

Y que ahora, al igual que antes, surgen vocablos, expresiones, cuyos contenidos intentan dar cuenta de lo nuevo. En el mundo de nuestros días, el término “globalización” es el más difundido en este sentido. Puede no ser el mejor para contextualizar lo que ocurre, pero nadie que esté interesado en la realidad actual puede ignorarlo ¿Que tendrá que ver la “globalización” con la geografía, o, mejor, con su supuesto fin?

Siendo el constante y sostenido aumento del comercio mundial un claro ejemplo de la profundidad de los cambios que conoce el mundo productivo, no es extraño que la tendencia dominante sea la de que el planeta se esté transformando en un gran mercado en el que empresas –de proyección mundial– conciben la producción y distribución de sus productos y servicios a escala planetaria.

Sin embargo, dada la magnitud de los cambios, sería un grave error reducir el fenómeno global sólo al ámbito de lo económico. Sus efectos también se hacen sentir,

con igual fuerza, en lo político y lo social. De allí que, lo más sensato sea señalar que no está fuera de nosotros, ya que sus efectos tocan nuestro cotidiano. Por ello, la globalización no puede ser reducida a un proceso singular, sino que ella dice por un conjunto de procesos que funcionan y se expresan, además, de manera contradictoria y desigual.

Es en el contexto de estas ideas que comienza a cobrar importancia el hecho de que los mercados nacionales estarían siendo sustituidos por un gran y único mercado mundial. Un mercado además, que respondería a intereses y lógicas que no necesariamente coinciden con las de los Estados Territoriales en los que despliegan sus actividades.

Esta situación habría contribuido enormemente para que se propague la idea de que las empresas pertenecen a quienes invierten en ellas y no a sus empleados o al lugar donde se hayan instalado. Bauman, en su reciente obra sobre la globalización y sus consecuencias humanas (1999), señala muy acertadamente que sólo los accionistas de las empresas no estarían sujetos al territorio, ya que pueden comprar o vender acciones en cualquier bolsa, sin que la proximidad o distancia geográfica con respecto a la empresa tenga algo que ver con su decisión de comprar o vender.

Somos de la opinión que la asimetría que se instaura entre el poder, básicamente el económico, y su naturaleza extraterritorial y la territorialidad (¡espacio banal!) de la vida cotidiana es la que nos ayuda a comprender el surgimiento de expresiones como desterritorialización o como la que le da sentido a este editorial.

No se puede negar que las empresas que mueven el mundo de nuestros días tienen amplias ventajas por el hecho de que su capital circula en tiempo real. Es decir, que si por cualquier circunstancia las condiciones dejan de ser favorables para que permanezcan en este o cualquier otro lugar, poco les importaría movilizar su capital a otros lugares, librándose así de las obligaciones inmediatas que tendrían para con la vida cotidiana de ese lugar.

Con lo afirmado sólo se pretende resaltar que las citadas expresiones se asocian fuertemente con el hecho de que el capital –financiero-, a diferencia de otros momentos históricos, puede trasladarse de un lugar a otro de forma **instantánea**. Por lo tanto, no necesitaría someterse a las normas definidas por los distintos Estados para retirarse de un lugar e irse a otro. Las normas le sirven en tanto les facilite su reproducción.

Este rasgo que tipifica al mundo del presente ha facilitado que pensemos al espacio como un espacio de flujos (¿isoespacio?), un espacio en el que reinaría la simultaneidad y, por lo tanto, al margen de los territorios apropiados y modelados por sociedades singulares. A medida entonces que el capital y la cultura se vuelven mundiales, los territorios se difuminarían, perdiendo así su identidad.

Esta nueva situación nos enfrenta con la confusa idea de que estar en un lugar es sinónimo de inmovilidad. Nada más falso pues estar en un lugar no significa que no

pueda moverme en él y de él. No importa que el capital y la cultura se muevan en tiempo real; siempre que lo hacen es para ir de un lugar a otro. Los territorios no dejan de existir porque los factores se muevan en tiempo real.

El hecho de que la relación histórica entre el poder y el territorio adquiera una nueva dimensión no nos faculta a decir que la geografía ha llegado a su fin o que los territorios ya no son importantes para la reproducción del capital. Nadie cuestiona que las innovaciones tecnológicas que definen al mundo del hoy tienen mucho que ver con la comprensión que el hombre tiene de sí mismo y con la incorporación a su cotidiano de que lo importante es el tiempo y no el espacio. Pero, ¿qué hacemos con el cuándo (tiempo) sin el dónde (espacio)?

Vivimos en lugares con características técnicas y organizacionales definidas que constituyen nuestra realidad; los ritmos de nuestro cotidiano responden a éstas y otras características. El desarrollo tecnológico que define al mundo de nuestros días permite que a la vez que compartimos el cotidiano del lugar donde vivamos, podemos estar en contacto, de manera simultánea, con el resto del planeta.

Delfina Trinca Figuera
Editora Responsable